

ORGULLO Y PREJUICIO CAPÍTULOS 22-31

Capítulo 22

Los Lucas invitaron a comer a los Bennet, y durante la mayor parte del día Miss Lucas tuvo de nuevo la amabilidad de escuchar a Collins. Lizzy se creyó en la obligación de darle las gracias por ello.

—Eso hace que esté de buen humor, y no te imaginas cuánto te lo agradezco.

Charlotte aseguró a su amiga que le era muy grato serle útil, añadiendo que eso le compensaba el pequeño sacrificio que hacía. Lo cierto era que la amabilidad de Charlotte iba mucho más allá de eso; su objeto no era otro que librarla del asedio de Collins, pero procurando que éste se dirigiera a ella. Tal era el plan de Charlotte, y las apariencias le fueron tan favorables, que cuando se separaron por la noche ella se hubiera sentido casi segura del éxito si él no tuviese que abandonar el condado tan pronto. Pero al abrigar esa duda hacía injusticia al ardoroso temperamento de Collins, que a la mañana siguiente salió de Longbourn con admirable disimulo, se dirigió con premura a la morada de los Lucas y se puso a los pies de Charlotte. Tuvo cuidado de ocultar su salida a sus primas, convencido de que si lo hubiesen visto partir, habrían descubierto su plan, que no quería revelar hasta que estuviese seguro del éxito; porque, aun juzgando éste casi seguro debido a que Charlotte se había mostrado bastante alentadora, desde la aventura del miércoles se había vuelto algo desconfiado. Sin embargo, fue recibido de manera halagüeña. Miss Lucas lo vio acercarse desde una ventana alta, y al instante salió a la calle para encontrarlo como por casualidad. Pero no podía pensar que le esperase allí tanto amor y tanta elocuencia.

En los breves intervalos que permitían las largas parrafadas de Collins, quedó todo arreglado satisfactoriamente para ambos, y cuando entraron en la casa ya le rogaba a Charlotte con vehemencia que señalase el día en que iba a hacerlo el más feliz de los hombres; y aunque semejante pedido debía quedar sin respuesta por el momento, ella no experimentó deseos de burlarse de él. La estupidez con que la naturaleza lo había dotado privaba a su galanteo de cuantos encantos podrían inclinar a una mujer a prolongarlo, y Miss Lucas, que lo aceptaba sólo por el puro deseo de casarse, no opuso reparo alguno a que la boda se efectuara cuanto antes.

Sir William y lady Lucas dieron su aprobación de inmediato, y con gran alegría. La situación de Collins hacía de él un partido muy apetecible para Charlotte, a quien podían legar escasa fortuna, y las perspectivas de su futura abundancia eran extraordinariamente tentadoras. Lady Lucas comenzó a calcular, con más interés que el que antes tuviera por el asunto, cuántos años más podría vivir Mr. Bennet, y sir William expresó su opinión de que cuando Collins estuviese en posesión de Longbourn sería sumamente fácil que él mismo y su mujer pudieran presentarse en St. James. En resumen: la boda pareció significar la solución a todos los problemas de la familia. Las hijas menores abrigaron esperanzas de salir al mundo uno o dos años antes de lo que de otro modo habría sido posible, y los muchachos se vieron libres del temor de que Charlotte se quedase soltera. La propia Charlotte se encontraba bastante satisfecha. Había ganado su

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



partida, y tenía tiempo para reflexionar. Ciertamente Collins no era ni sensible ni agradable; su compañía resultaba molesta y su afecto hacia ella debía de ser imaginario. Pero a pesar de ello sería su marido. Aun cuando no tenía un alto concepto de los hombres ni del matrimonio, éste había sido siempre su mira, además de ser la única aspiración honrosa de una joven bien educada y con escasa fortuna; y aunque no era seguro que proporcionase dicha, constituía el más grato refugio contra la necesidad. Semejante garantía era lo que había logrado, y a la edad de veintisiete años, y sin haber sido nunca guapa, lo que no era poca buena suerte. La circunstancia menos agradable del asunto era la sorpresa que había de proporcionar a Elizabeth Bennet, su mejor amiga. Lizzy se mostraría admirada, y era probable que la censurase, pero no por eso pensaba desistir de su decisión. Resolvió comunicárselo personalmente, y por eso encargó a Collins, cuando éste regresó a Longbourn a comer, que no revelase ante ningún miembro de la familia lo que había ocurrido. Como era natural, obtuvo la promesa, pero el clérigo no pudo guardarse de comunicarlo sin dificultad, porque la curiosidad, excitada por su larga ausencia, estalló a su regreso en preguntas tan directas que requerían alguna destreza para evadirlas, y, por otra parte, hacían que resultase difícil callar, pues estaba impaciente por dar a conocer su éxito amoroso.

Como a la mañana siguiente iba a ponerse en viaje demasiado temprano para ver a nadie de la familia, la ceremonia de la despedida tuvo lugar después de la cena, y Mrs. Bennet, con gran cortesía y cordialidad, le expresó cuán felices serían viéndolo en Longbourn de nuevo en cuanto sus otros compromisos se lo permitieran.

—Querida —respondió él—, te agradezco muy especialmente tu invitación, ya que no esperaba recibirla; y puedes estar segura de que me aprovecharé de ella tan pronto como me sea posible.

Todos quedaron asombrados, y el propio Mr. Bennet, que de ningún modo deseaba tan rápido regreso, dijo al instante:

—¿No corres el riesgo de que Lady Catherine lo desaprobe? Será mejor que olvides a tus parientes antes de exponerte a ofender a tu protectora.

—Querido —replicó Collins—, te quedo en particular reconocido por esa advertencia amigable, y puedes contar con que no daré un paso sin que en ello intervenga Su Señoría.

—Si obras de esa manera nunca pecarás por exceso. Procura no disgustarla nunca, y si crees que existen probabilidades de que el motivo de tal disgusto sea volver aquí, cosa que yo juzgaría más que posible, permanece tranquilo en casa, y consuélate con que no nos ofenderemos por ello.

—Cree, querido primo, que mi agradecimiento aumenta mucho con tus afectuosas advertencias; y cuenta por ello con que en breve recibirás una carta de agradecimiento tanto por ellas como por las demás pruebas de consideración que he recibido de ti durante mi estancia en el condado. En cuanto a mis bellas primas, aunque mi ausencia no haya de ser tan larga que lo haga preciso, me permito desearles salud y dicha, sin excluir a mi prima Lizzy.

Tras los cumplidos de rigor, las muchachas se fueron a dormir, sorprendidas al ver que proyectaba regresar pronto. Mrs. Bennet deseaba interpretarlo en el sentido de que pensaba pedir en matrimonio a alguna de las hijas menores, y por eso tenía la intención de convencer a Mary de que lo aceptase. Ésta, en efecto, estimaba a Collins más que las otras; hallaba en sus reflexiones una extraña solidez, y aunque no lo consideraba de ningún modo tan sensible e inteligente como ella misma, opinaba que si lo animaba a leer y a aprovechar un ejemplo como el que ella representaba podría llegar a ser muy grato compañero. Pero a la mañana siguiente se desbarató el plan, pues Miss Lucas llegó poco después del desayuno y en diálogo que sostuvo a solas con Lizzy relató el suceso del día anterior.

La posibilidad de que Collins se imaginara enamorado de su amiga se le había ocurrido a Lizzy un par de días antes, pero que Charlotte lo animara le parecía tan lejos de lo posible como que ella misma pudiera hacerlo, y su asombro fue tan grande que sobrepasó los límites del decoro, por lo que no pudo evitar exclamar:

—¡Prometida con Collins! ¡Querida Charlotte, es imposible!

El tono grave que Charlotte había empleado al contar la historia dio motivo para una momentánea confusión por su parte al recibir tan directo reproche, aunque eso fuera precisamente lo que esperaba; pero pronto se repuso y replicó con calma:

—¿De qué te sorprendes, querida Lizzy? ¿Tienes por increíble que el señor Collins haya sido capaz de granjearse la buena opinión de una mujer sólo porque no tuvo éxito contigo?

Lizzy, que ya había recobrado su sangre fría, hizo un gran esfuerzo y le aseguró con suficiente firmeza que le encantaba la idea que se convirtiese en pariente suya, y que le deseaba toda la dicha imaginable.

—Ya sé lo que te ocurre —replicó Charlotte—. Tienes que estar sorprendida, muy sorprendida, haciendo tan poco que Mr. Collins proyectaba casarse contigo. Pero cuando tengas tiempo para reflexionar acerca de todo eso, creo que quedarás satisfecha de mi resolución. Ya sabes que no soy romántica, que nunca lo he sido. Sólo busco un hogar, y considerando el carácter, relaciones y posición social de Mr. Collins, estoy segura de que mis probabilidades de felicidad con él son tan grandes como las de la mayoría de la gente al contraer matrimonio.

Lizzy contestó al punto:

—Es indudable.

Y tras una corta pausa ambas fueron a reunirse con el resto de la familia. Charlotte no permaneció en la casa largo rato, y tras su marcha Lizzy se dedicó a reflexionar acerca de lo que había escuchado. Pasó no poco tiempo hasta que se hizo a la idea de un casamiento tan impropio. Lo extraño de que Collins hubiera realizado dos proposiciones de matrimonio en tres días no era nada en comparación con el hecho de haber sido aceptado. Siempre había creído que las opiniones de Charlotte sobre el matrimonio no eran exactamente las suyas, pero no



supuso que al pasar a la práctica sacrificara sus mayores sentimientos en aras de las ventajas materiales. ¡Charlotte esposa de Collins! ¡Qué humillación! Y no solamente le dolía ver a su amiga rebajada y disminuida en su estima, sino saber que era del todo imposible que fuese dichosa con la suerte que había elegido.

*¿Cuáles temas has
identificado?*

*¿Cuál es el tono
general de la novela
hasta ahora?*



Capítulo 23

Lizzy estaba en compañía de su madre y hermanas, meditando sobre lo que había oído y vacilando sobre si estaba autorizada para referirlo, cuando el propio sir William Lucas apareció, enviado por su hija, para anunciar el compromiso de ésta a la familia. Con abundantes cumplidos para todos, y felicitándose por la perspectiva de unión entre ambas casas, reveló el asunto a un auditorio no sólo admirado, sino incrédulo, porque Mrs. Bennet, con más ardor que cortesía, afirmó que debía de estar por completo equivocado, y Lydia, siempre indiscreta y a menudo insolente, exclamó con vehemencia:

—¡Santo Dios! ¿Cómo puede usted, sir William, contarnos esa historia? ¿No sabe acaso que Mr. Collins pretende casarse con Lizzy?

Sólo la condescendencia de un cortesano podría sufrir sin ira semejante acometida, pero la buena educación de sir William le permitió tolerar semejante exabrupto, y aunque suplicando que creyesen en su palabra, escuchó todas esas impertinencias con la más absoluta corrección.

Lizzy, convencida de que le correspondía librarlo de tan embarazosa situación, comenzó a confirmar lo dicho, revelando que se había enterado por boca de la misma Charlotte, y trató de poner coto a las exclamaciones de su madre y sus hermanas felicitando calurosamente a sir William, en lo que pronto fue secundada por Jane, haciendo resaltar de varios modos la felicidad que podía esperarse del suceso, dado el excelente carácter de Mr. Collins y la escasa distancia que separaba a Hunsford de Londres.

Mrs. Bennet se hallaba demasiado desconcertada para hablar mucho mientras sir William permaneció allí, pero apenas éste se hubo marchado, sus sentimientos encontraron pronto desahogo. En primer lugar, persistía en no creer nada de lo que había oído; en segundo, estaba segurísima de que Collins había sido cazado como un incauto; en tercero, estaba convencida de que ambos nunca serían dichosos; y en cuarto, el acuerdo tenía que deshacerse. Sin embargo, dos consecuencias se deducían con claridad de ello: una, que Lizzy era la verdadera causa de tanta desgracia; otra, que ella misma había sido tratada cruelmente por todos, y sobre las dos insistió durante el resto del día. Ni aun así logró apagar su resentimiento. Una semana pasó antes de poder ver a Lizzy sin regañarla, un mes antes de poder hablar sin rudeza de sir William o lady Lucas, y varios antes de perdonar a Charlotte.

La reacción de Mr. Bennet por tal causa fue mucho más sosegada, tanto que consideró el hecho como una suerte enorme, porque se jactaba, decía, de que eso le permitía descubrir que Charlotte Lucas, a quien siempre había considerado muy razonable, era tan tonta como su propia mujer y más aún que su hija.

Jane se mostró algo sorprendida, pero habló menos de su sorpresa que de su deseo de felicidad para los futuros esposos, y ni siquiera Lizzy pudo convencerla de considerar como improbable semejante felicidad. Kitty y Lydia, por su parte, estaban muy lejos de envidiar a Miss Lucas, pues Collins sólo era clérigo, y el suceso no les interesó sino como noticia que extender por Meryton.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Lady Lucas no pudo resistir a la dicha de manifestar a Mrs. Bennet la alegría que experimentaba, y por eso iba a Longbourn más a menudo que de ordinario, para expresar lo dichosa que se sentía, por más que las miradas de desagrado y los reparos malignos de Mrs. Bennet habrían bastado para disipar esa satisfacción.

Lizzy y Charlotte jamás hacían referencia alguna sobre el particular, y la primera se convenció de que ya no habría entre ellas confianza verdadera. Se distanció de su amiga, con lo que ésta se volcó más hacia Jane, cuya rectitud de sentimientos garantizaba que su opinión no se vería desechada, y por cuya felicidad se preocupaba más cada día, ya que Bingley se había marchado hacía una semana y nada se oía de su regreso.

Jane había contestado de inmediato la carta que le dirigiera Caroline, y calculaba los días que razonablemente podía tardar en recibir otra. La prometida misiva de agradecimiento de Collins llegó el martes, dirigida al padre, y en ella manifestaba su gratitud con tal abundancia de frases de agradecimiento, que parecía que hubiese permanecido con la familia todo un año. Tras disculparse al principio, procedía a informarle, con expresiones altisonantes, de su felicidad por haber obtenido el afecto de su amable vecina, Miss Lucas y daba las gracias a Mrs. Bennet por la atención que le había dispensado al expresarle el deseo de verlo pronto de nuevo en Longbourn, adonde esperaba regresar el lunes en quince días. Añadía, por fin, que lady Catherine aprobaba tan cordialmente su casamiento, que deseaba que se celebrase lo antes posible, lo que confiaba sería argumento irrefutable para que su amable Charlotte decidiese el día en que haría de él el más feliz de los hombres.

El regreso de Collins al condado no era ya motivo de satisfacción para Mrs. Bennet. Por el contrario, se veía más dispuesta a lamentarse que su marido. Era rarísimo que viniera a Longbourn en vez de ir a casa de los Lucas; resultaba intolerable y embarazoso. Odiaba tener huéspedes en su casa debido al estado de sus nervios, y consideraba a los enamorados las personas más molestas y desagradables. Tales eran las murmuraciones de Mrs. Bennet, que se sumaban a la desgracia que suponía el prolongado silencio de Bingley.

Ni Jane ni Lizzy estaban satisfechas con lo último. Los días pasaban y la única noticia que llegó a Meryton fue que no regresaría a Netherfield en todo el invierno. Esto irritó enormemente a Mrs. Bennet, que no paraba de repetir que aquello era la más escandalosa falsedad.

Hasta Lizzy comenzó a temer, no que Bingley fuese indiferente, sino que las hermanas de éste consiguieran apartarlo de su camino. Aun cuando no quería ni pensar en algo tan pernicioso para la felicidad de Jane y tan deshonesto para la firmeza de su enamorado, no podía evitar que la idea acudiese a su mente con frecuencia. Los esfuerzos de sus dos insensibles hermanas y de su influyente amigo, unidos a los atractivos de Miss Darcy y los placeres de Londres, podían atentar contra la constancia del afecto de Charles Bingley.

En cuanto a Jane, su ansiedad por esta duda era, como es natural, mucho mayor que la de Lizzy, pero deseaba ocultar cuanto sentía, y por eso ambas hermanas jamás aludían a semejante asunto. Pero como a su madre no la contenía igual delicadeza, apenas pasaba una hora sin que

hablase de Mr. Bingley, expresando impaciencia por su llegada o pretendiendo que Jane confesase que si ésta no se producía, debía juzgarse malísimamente tratada. Jane tenía que echar mano de toda su paciencia para soportar semejante carga.

Collins regresó con su habitual puntualidad al cabo de quince días; pero su recibimiento en Longbourn no fue tan cordial como la primera vez. Él, sin embargo, se sentía demasiado dichoso para necesitar muchas atenciones, y por suerte para los demás, las atenciones que debía dispensar a su prometida los libraba mucho tiempo de su compañía. La mayor parte del día la pasaba en casa de los Lucas, y a veces regresaba a Longbourn sólo con el tiempo suficiente para excusar su ausencia antes de que la familia se acostase.

Mrs. Bennet se encontraba en un estado lamentable. La sola mención de algo concerniente al casamiento la irritaba, y a cualquier parte que fuese estaba segura de oír hablar de él. Rehuía a Miss Lucas, a quien veía, con horror, como la futura moradora de la casa. Siempre que venía a verlos la imaginaba pensando en el momento en que tomaría posesión de Longbourn, y cuantas veces departía en voz baja con Collins estaba convencida de que hablaban de este asunto y proyectaban echarla de la finca junto con sus hijas en cuanto muriese Mr. Bennet. Con amargura se quejaba a su marido:

—La verdad, Bennet —le decía—, es muy penoso pensar que Charlotte Lucas ha de ser alguna vez dueña de esta casa y yo haya de verme obligada a hacerle sitio y ver cómo ocupa mi puesto en ella.

—Querida, procura rechazar tan tristes pensamientos. Pensemos en cosas mejores; por ejemplo, en que viviré más que tú.

No era esta suposición muy consoladora para Mrs. Bennet, y con todo, en vez de contestar, continuó:

—La idea de que algún día vivirán en esta casa me resulta insoportable. Si no fuera por el legado no lo imaginaría.

—¿Qué es lo que no imaginarías?

—No imaginaría nada en absoluto.

—Agradecemos, pues, que te veas libre de un defecto así.

—Nunca puedo agradecer nada que se refiera al legado. No logro entender cómo se puede, en conciencia, vincular una propiedad arrebatándola a nuestras hijas, ¡y todo en favor de Collins! ¿Por qué ha de corresponderle a él más que a los demás?

—Reflexiona acerca de ello y verás cómo lo averiguas —respondió Mr. Bennet.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 24

La carta de Miss Bingley llegó y puso término a las dudas. Ya en su primera frase comunicaba que todos se habían establecido en Londres para pasar el invierno, y la conclusión expresaba el pesar del hermano por no haber tenido tiempo, antes de abandonar el condado, de ofrecer sus respetos a sus amigos.

Las esperanzas habían desaparecido por completo, y aunque Jane leyó el resto de la carta, halló en la misma pocas cosas, fuera de las expresiones de afecto de quien le escribía, que pudieran servirle de alivio. El elogio de Miss Darcy ocupaba gran parte de la misiva. Se insistía de nuevo en sus numerosas cualidades, y Caroline se jactaba, gozosa, de su creciente amistad con ella, aventurándose a predecir el cumplimiento de sus deseos ya revelados en la carta anterior. Agregaba, con gran regocijo, que su hermano frecuentaba la casa de Darcy, y mencionaba con entusiasmo ciertos planes referentes al futuro inmediato.

Lizzy, a quien Jane comunicó muy pronto la mayor parte de esas noticias, escuchó con silenciosa indignación. Su corazón estaba dividido entre la inquietud por su hermana y el resentimiento contra los demás. A la afirmación de Caroline de que su hermano se sentía atraído por Miss Darcy no le daba crédito. Que estaba enamorado de Jane, no lo ponía en duda, como jamás lo había hecho, y aunque siempre se había sentido bien predispuesta hacia él, no pudo pensar sin pena, y hasta sin desprecio, en su falta de voluntad y resolución, lo que ahora le convertía en esclavo de sus intrigantes amigos y lo arrastraba a sacrificar su propia dicha al capricho de éstos. Pero si la felicidad de él fuera lo único que se sacrificara, bien podría jugar con ella del modo que mejor le pareciese, si con ello no hiciese lo propio con la dicha de su hermana. Se trataba, en suma, de un asunto en el cual, por mucho que se meditase acerca de ello, todas las conclusiones eran estériles. Lizzy no conseguía pensar en otra cosa, y aunque el interés de Bingley hubiese muerto de verdad o hubiera sido regido por la intromisión de sus amigos, aunque supiese él lo mucho que Jane lo quería o este hecho hubiese escapado a su observación, en cualquier caso, si bien su opinión sobre Bingley podría cambiar, según obrase, la situación de aquélla resultaba idéntica, y su tranquilidad quedaba herida.

Transcurrió un par de días antes de que Jane tuviera valor para revelar sus sentimientos a Lizzy; pero, en una ocasión en que Mrs. Bennet las dejó solas tras un ataque más intenso que de ordinario a Netherfield y su dueño, no pudo evitar decir:

—¡Ojalá mamá pudiera dominarse un poco! No se imagina la pena que me causa con sus comentarios sobre él. Pero no quiero consumirme. Lo olvidaré, y todo volverá a ser como antes.

Lizzy miró a su hermana con expresión de incredulidad, pero no dijo nada.

—¿Lo dudas? —exclamó Jane, ligeramente ruborizada—. Cierto que tienes razón. Seguirá vivo en mi recuerdo como el hombre más agradable que he conocido, pero eso será todo. Nada tengo que esperar, que temer, ni que reprocharle. Gracias a Dios, no tengo esa pena. Por consiguiente, que pase algún tiempo, y trataré de soportarlo lo mejor que pueda. —Elevó la voz

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



y agregó—: Tengo el consuelo de saber que no ha sido más que una ilusión, y que sólo yo me he visto perjudicada.

—¡Querida Jane —exclamó Lizzy—, eres demasiado buena! Tu dulzura y desinterés son angelicales; no sé qué decirte. Siento como si nunca te hubiera hecho justicia ni te hubiese querido como te mereces.

Jane negó con vehemencia que poseyese ninguna clase de mérito extraordinario, rechazando el sincero elogio de su hermana, nacido del afecto que le profesaba.

—No —replicó Lizzy—, eso no está bien. Tú tienes por respetable a todo el mundo y te ofendes si hablo mal de alguien. Yo te tengo por perfecta sólo a ti, y te opones a ello. No temas que exagere al elogiar tu buena predisposición hacia todos. No temas; hay pocos a quienes ame de veras, y menos aún de quienes piense bien. Cuanto más conozco el mundo, más me irrita, y todos los días confirmo mi creencia en la inconstancia del carácter humano y en la poca que me inspiran las apariencias de mérito o talento. Me he encontrado últimamente con dos casos que confirman esa creencia: uno no lo quiero mencionar; otro es el casamiento de Charlotte. Es increíble desde todos los puntos de vista.

—Querida Lizzy, no alientes esa clase de sentimientos. Así nunca lograrás ser feliz. Tú no concedes nada a la diferencia de situación y carácter. Considera la respetabilidad de Collins y el carácter prudente y firme de Charlotte. Recuerda que pertenece a una familia numerosa; en cuanto a fortuna, ése es un casamiento muy apetecible, y dispone a creer por ello que Charlotte puede sentir cierto afecto y estima por nuestro primo.

—Si te complace, trataré de admitir algo de lo que dices, pero nadie puede salir beneficiado con creerlo, porque si estuviera persuadida de que Charlotte experimenta algún interés por él, pensaría peor de su inteligencia de lo que ahora lo hago de sus sentimientos. Jane, querida, Collins es un hombre estúpido, ceremonioso, necio y mentecato; tú lo sabes tan bien como yo, y debes comprender que la mujer que se case con él no puede estar en sus cabales. No la defiendas aunque se llame Charlotte Lucas. No has de cambiar, por consideración a una persona, el significado de los principios y de la integridad, ni tratar de convencerte, o convencerme a mí, de que el egoísmo es prudencia y la insensibilidad ante el peligro certidumbre de felicidad.

—Los juzgas con demasiada dureza —replicó Jane—, y espero que al verlos juntos y felices te persuadas de ello. Pero basta de esto. Has mencionado dos casos. No puedo por menos que comprenderte; pero te suplico, Lizzy, que no me apenes censurando a aquella persona y diciendo que no tienes de ella tan buen concepto como antes. No podemos creer tan a la ligera que nos ha ofendido a propósito. No podemos exigir que un joven alocado sea siempre precavido y prudente. A menudo es nuestra propia vanidad lo que nos engaña. La imaginación de las mujeres hace que concibamos demasiadas ilusiones respecto de los hombres.

—Y los hombres procuran que así sea.

—Si lo hacen con premeditación no podrán justificarse, pero no creo que las personas sean tan mal intencionadas como algunos se figuran.

—Estoy muy lejos de atribuir a premeditación la conducta de Bingley —dijo Lizzy—; pero sin querer obrar mal ni hacer infelices a los otros se puede errar y ocasionar desgracia. La carencia de reflexión o la escasa atención a los sentimientos ajenos, así como la falta de resolución, dan ese resultado.

—¿Y tú lo atribuyes a alguna de esas dos cosas?

—Sí, a la última. Pero si sigues por ese camino habré de disgustarte diciendo lo que pienso de personas a las que estimas. Vale más que me calle.

—¿Es que persistes en que sus hermanas influyen sobre él?

—Sí; ellas y su amigo.

—No puedo creerlo. ¿Por qué han de hacerlo? Si ellas quieren su felicidad y él está enamorado de mí, ninguna otra mujer podrá asegurársela.

—Tu primera afirmación es falsa. Pueden desear muchas cosas además de su felicidad; por ejemplo, su enriquecimiento y su elevación en categoría social, que se case con una muchacha que reúna cuanto significan el dinero, una familia aristocrática y el orgullo.

—Vamos, que desean que elija a Miss Darcy —repuso Jane—; pero es posible que sus motivos sean mejores que lo que supones. La conocían mucho antes que a mí; no hay que admirarse, pues, de que la quieran más. Pero, cualesquiera que sean sus deseos, es muy improbable que se hayan opuesto a los de su hermano. ¿Qué hermana se creería con derecho a hacerlo, a no ser que existiese un obstáculo muy digno de tener en cuenta? Si hubieran advertido que está enamorado de mí no habrían procurado separarnos; si él lo estuviera, no tendrían éxito. Y si fuese cierto, todos obrarían de manera irracional y equivocada, provocando mi infelicidad. No me avergüenzo de haberme equivocado, o por lo menos esto es poca cosa comparado con lo que sentiría si pensase mal de él o de sus hermanas. Deja que siga teniendo el más alto concepto de ellos.

Lizzy no podía oponerse a tales deseos, y desde entonces el nombre de Bingley apenas fue pronunciado entre ambas.

Mrs. Bennet continuaba aún extrañada de que él no regresase, aun cuando no pasaba día sin que Lizzy le explicase claramente el motivo. Pero en vano ésta trató de convencer a su madre de algo que ella misma no creía: que las atenciones prodigadas a Jane habían sido mero afecto de un capricho pasajero que cesó en cuanto dejó de verla. Pero aunque Mrs. Bennet admitía la posibilidad de lo que su hija decía, sólo hallaba consuelo pensando que Bingley regresaría en verano.

Mr. Bennet consideraba de diferente manera la cuestión.



—De modo, Lizzy —dijo un día—, que tu hermana ha sufrido un desengaño amoroso. Le doy la enhorabuena. Una muchacha está más próxima a casarse cuando se frustran sus amores. Algo hace pensar así, aparte de que la distingue entre sus compañeras. Y ¿cuándo te toca a ti? No me gustaría que Jane se te adelantara. Actúa con rapidez; aquí en Meryton hay suficientes oficiales para decepcionar a todas las jóvenes del condado. Cástate con Wickham. Es un muchacho muy agradable, y es seguro que te dejaría plantada caballerosamente.

—Gracias, papá, pero me conformaría con un hombre menos agradable. No todas podemos esperar tener tanta suerte como Jane.

—Así es —dijo Mr. Bennet—; pero ante cualquier cosa que te suceda al respecto, es un consuelo pensar que tienes una madre afectuosa que siempre sacará partido de la situación.

La compañía de Wickham sirvió para mitigar la tristeza en que los últimos desgraciados sucesos habían sumido a varios miembros de la familia de Longbourn. Lo veían a menudo, y a sus otras cualidades añadió en esta ocasión la de una absoluta franqueza. Todo lo que Lizzy había oído, sus quejas contra Darcy y lo mucho que había sufrido a causa de él, era ahora conocido por todos y discutido en público, y todo el mundo se complacía de haberlo odiado ya antes de conocer esos detalles.

Jane era la única que admitía la posibilidad de alguna circunstancia atenuante, desconocida por la sociedad del condado. Su candoroso temperamento abogaba siempre por la indulgencia y exigía la posibilidad de una equivocación; pero Darcy estaba reputado por todos los demás como el más malvado de los hombres.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 25

Tras una semana pasada entre promesas de amor y planes de felicidad, llegó el sábado y Collins tuvo que despedirse de su adorada Charlotte. Pero la pena de su separación se vio aliviada con los preparativos para recibir a su novia; pues tenía sobrados motivos para esperar que en su próximo viaje al condado de Hunsford, se fijase el día de la boda. Se despidió de sus parientes de Longbourn con idéntica solemnidad que la vez anterior; deseó de nuevo a sus queridas primas salud y dicha, y prometió a Mr. Bennet otra carta de agradecimiento.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.

El lunes siguiente Mrs. Bennet tuvo el placer de recibir a su hermano y a la esposa de éste, que vinieron, como de costumbre, a pasar la Navidad en Longbourn. Mr. Gardiner era hombre sensible, caballeroso, muy superior a su hermana tanto en carácter como en educación. A las mujeres de Netherfield les hubiese resultado difícil creer que semejante persona, que vivía del comercio y siempre estaba metido en su almacén, pudiera ser tan bien educado y agradable. Mrs. Gardiner, bastantes años más joven que Mrs. Bennet y Mrs. Philips, era mujer culta, amable y gran favorita de todas sus sobrinas de Longbourn, en especial de las dos mayores, que habían pasado algunas temporadas con ella en la capital. Lo primero que hizo Mrs. Gardiner al llegar fue distribuir sus regalos y describir las nuevas modas. Agotado el tema, su papel se remitió, prácticamente, a escuchar. Mrs. Bennet tenía muchas desgracias que comunicarle y no poco de qué quejarse. Había sufrido mucho desde la última vez que viera a su hermana. Dos de sus hijas habían estado a punto de casarse, pero al final todo había quedado en nada.

—No censuro a Jane —continuó—, porque habría atraído al señor Bingley si hubiera podido; pero Lizzy, ¡oh hermana! Es muy duro pensar que a estas horas podría ser la esposa de Collins si no se hubiera opuesto a ello. Él le hizo una proposición de casamiento en este mismo cuarto, y ella la rechazó. La consecuencia es que lady Lucas tendrá una hija casada antes que yo, y que la propiedad de Longbourn pasará a manos de ésta. Los Lucas, hermana, son gente muy astuta: se dedican a pillar lo que pueden. Me entristece hablar así de ellos, pero es la verdad. Me pone muy nerviosa y enferma verme contrariada de ese modo por mi propia familia y tener vecinos que piensen en sí antes que en los demás. Con todo, tu llegada es el mayor de los consuelos, y me siento muy dichosa al oír lo que me cuentas de las mangas largas.

Mrs. Gardiner, que ya estaba enterada de todo lo sucedido por las cartas que Jane y Lizzy le habían enviado, dio a su hermana una respuesta somera y cambió de tema por compasión hacia sus sobrinas. Al hallarse luego a solas con Lizzy se explayó más sobre el particular.

—¿De modo que habría sido una boda muy apetecible para Jane? —dijo—. Me duele que se haya frustrado. ¡Pero esas cosas ocurren tan a menudo! Un joven como me pintas a Mr. Bingley se enamora con facilidad de una muchacha bonita por unas pocas semanas, y cuando, por una casualidad, se separan, la olvida con idéntica facilidad. Eso es muy frecuente.

—En cierto modo, eso constituye un consuelo —repuso Lizzy—; pero no es nuestro caso. A nosotras no nos ha dañado ninguna casualidad; lo que ocurrió es que se han interpuesto unas



amigas que pretenden persuadir a un joven independiente a que no piense más en una muchacha a quien pocos días antes amaba con vehemencia.

—Pero es que esa expresión «amaba con vehemencia» es tan manida, tan ambigua, tan indefinida, que no me dice nada. Lo mismo se aplica a sentimientos que brotan a la media hora de conocerse que a efectos reales y profundos. Explícame cómo era la vehemencia del amor del señor Bingley.

—Nunca he visto una inclinación más prometedora. No atendía a nadie más que a Jane, y sólo a ella estaba dedicado. Cada vez que se veían resultaba eso más cierto y patente. En la fiesta que él mismo organizó llegó a molestar a dos o tres señoritas por no sacarlas a bailar, y yo misma hablé con él un par de veces sin obtener respuesta. ¿Pueden existir síntomas más claros? ¿No es la descortesía a los demás la esencia verdadera del amor?

—Sí, de esa clase de amor que, supongo, él sentía. ¡Pobre Jane! Estoy triste por ella, porque, dado su modo de ser, no creo que lo olvide pronto. Habría sido mejor que te ocurriera a ti, Lizzy; tú te habrías reído pronto de todo. Pero ¿crees que podría convencerla de venir con nosotros a Londres? Un cambio de ambiente sería favorable, y acaso le convenga alejarse por un tiempo de esta casa.

A Lizzy le agradó mucho la proposición, y no dudó de que su hermana accedería.

—Supongo —añadió Mrs. Gardiner— que no influirá en ella la presencia de ese joven en la ciudad. Vivimos en un barrio tan diferente, toda nuestra vida social es tan distinta, y, como sabes bien, salimos tan poco de casa, que es muy poco probable que se encuentren si él no viene expresamente a verla.

—Y eso es imposible, porque por ahora se encuentra bajo la custodia de su amigo, y Mr. Darcy no permitiría que él visitase a Jane en el barrio donde vives. ¿Qué opinas, querida tía? Es posible que Mr. Darcy haya oído mencionar alguna vez una calle llamada Gracechurch, pero ni un mes de abluciones bastaría para limpiarlo de sus impurezas, y no dudo que Mr. Bingley no daría un paso sin su compañía.

—Tanto mejor. De ese modo no habrá peligro de que se encuentren. Pero ¿no mantiene Jane correspondencia con la hermana de él? Porque en ese caso se verá obligada a visitarla.

—Cortará por completo su amistad.

Pero a pesar de lo segura que estaba Lizzy al respecto, a poco que comenzó a reflexionar sobre ello llegó a la conclusión de que no era improbable que Mr. Bingley y Jane se encontraran. De hecho era posible, y a veces lo juzgaba verosímil, que el afecto de Bingley se reanimara y éste luchara contra la presión de sus allegados ante la influencia, más natural, de los atractivos de su hermana.

Jane aceptó gustosa la invitación de su tía, y al hacerlo sólo pensaba en los Bingley, y se le ocurrió que si Caroline, como era muy probable, no viviese con sus hermanos, alguna vez podría pasar una mañana con ella sin peligro de encontrarse con el joven.

Los Gardiner permanecieron en Longbourn una semana, y entre los Philips, los Lucas y los oficiales no se pasó un día sin convidados. Mrs. Bennet había cuidado tan bien de entretener a sus hermanos, que jamás se sentaron a comer en familia. Cuando el convite era en la casa, siempre acudían al mismo algunos oficiales, entre quienes Wickham era imprescindible; y Mrs. Gardiner, puesta en guardia por los calurosos elogios que Lizzy hacía de él, observó con minuciosidad a los dos. Sin suponer, por lo que alcanzó a ver, que estaban seriamente enamorados, sus muestras de simpatía bastaron para inquietarla un poco; y así, resolvió hablar con Lizzy sobre el particular antes de abandonar el condado, con la intención de que comprendiese que seguir alimentando una relación amorosa como aquélla constituía una imprudencia.

A los ojos de Mrs. Gardiner Wickham resultaba simpático, y no sólo por sus cualidades. Diez o doce años antes de casarse ella había pasado bastante tiempo en la zona del condado de Derby de donde era él oriundo. Poseían, por lo tanto, muchas relaciones comunes, y aunque Wickham permaneciera poco allí desde el fallecimiento del padre de Darcy, ocurrido hacía cinco años, podía darle noticias más frescas acerca de sus antiguas amistades.

Mrs. Gardiner había estado en Pemberley y conocido a la perfección el carácter del difunto Mr. Darcy. Eso era, por consiguiente, tema inagotable de conversación. Comparando sus recuerdos de Pemberley con la minuciosa descripción que Wickham hacía, y elogiando sin cesar el carácter de su último poseedor, se deleitaban ambos. Al enterarse del trato que el actual Darcy había dado a Wickham, recordó algo de la fama que tenía el carácter de aquel caballero cuando aún era un muchacho. Por fin confesó haber oído decir que Fitzwilliam Darcy era un muchacho orgulloso y malvado.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 26

Mrs. Gardiner aprovechó la primera ocasión para hablar a solas con Lizzy. Tras exponerle con calma su pensamiento, le dijo:

—Eres una muchacha lo bastante juiciosa para enamorarte sólo porque te aconsejan lo contrario, y por eso no temo hablarte sin rodeos. Créeme cuando te advierto que debes andar con cuidado. No te dejes llevar por afecto espontáneo que la carencia de fortuna puede hacer por demás imprudente. Nada tengo que decirte contra él; es muy interesante, y si poseyera la posición que le es debida, yo misma te aconsejaría que no lo dudaras. Pero dadas las actuales condiciones, debes evitar que tu imaginación te arrebate. Posees gran inteligencia, y todos esperamos que la emplees. Estoy segura de que tu padre confía en tu firmeza y buena conducta. No lo defraudes.

—Querida tía, esto está poniéndose demasiado serio.

—Sí, y confío en que así lo consideres.

—Bien, pues no tienes que alarmarte. Cuidaré de mí misma y de Wickham. No se enamorará de mí si puedo impedirlo.

—Ahora no hablas en serio, Lizzy.

—Perdóname; trataré de expresarme con seriedad. Por el momento no amo a Wickham, estoy segura de ello. Pero él es, sin comparación, el hombre más agradable que he conocido, y, por si en realidad se enamora de mí, creo que sería mejor que no lo fuera tanto. Sé que semejante cosa es una imprudencia. ¡Oh, qué abominable es Mr. Darcy! La opinión que mi padre tiene de mí me honra mucho, y sería injusto que no correspondiese a la misma. Mi padre, no obstante, es partidario de Wickham. Te aseguro, tía querida, que lamentaría mucho hacer desgraciado a alguien, pero puesto que a menudo cuando dos jóvenes se aman poco importa la falta de fortuna, ¿cómo puedo prometer ser más cuerda que otras muchachas si me viese tentada? O ¿cómo habré de comprender que sería más prudente resistir? Cuanto puedo prometerte, por consiguiente, es actuar con prudencia. No juzgaré con precipitación su anhelo; cuando esté en compañía de él, no lo desearé. En suma, haré lo que pueda.

—Acaso eso surtiría efecto si lo desanimases a visitarte tan a menudo. Por lo menos, no deberías recordarle con tanta insistencia a tu madre que debe invitarlo.

—Como sucedió el otro día —repuso Lizzy con una sonrisa—. Cierto que sería oportuno poner moderación en eso. Pero no creas que viene con tanta frecuencia. Es por

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



consideración a ti que esta semana ha sido invitado tantas veces. Ya conoces las ideas de mi madre sobre la necesidad de procurar constante compañía a sus amigas. Pero por mi honor que trataré de proceder como crea más atinado, y espero que ahora quedes más satisfecha.

Su tía le aseguró que lo estaba, y tras darle Lizzy las gracias por su bondadosa advertencia, se marcharon. He aquí un admirable ejemplo de cómo puede darse un consejo sobre tan delicado asunto sin dar lugar a resentimiento.

Collins regresó al condado poco después de haberlo abandonado los Gardiner y Jane; pero como residió con los Lucas, su llegada no molestó a Mrs. Bennet. Se acercaba el día de la boda y ésta se encontraba al fin tan resignada, que lo miraba como inevitable, y aun repetía, bien que de mal talante, que deseaba felicidad a los novios. La ceremonia tendría lugar el jueves, y el miércoles hizo Miss Lucas su visita de despedida; y cuando se levantó para marcharse, Lizzy, avergonzada de los forzados cumplidos de su madre, y, además, sinceramente afectada, la acompañó fuera. Al bajar juntas por la escalera, Charlotte dijo:

—Espero tener noticias de ti a menudo, Lizzy.

—Las tendrás.

—Y aún debo suplicarte otro favor. ¿Vendrás a verme?

—Supongo que vendrás a menudo a visitar a tus padres.

—Durante un tiempo no creo que pueda dejar Kent. Prométeme que vendrás a Hunsford.

Lizzy no pudo rehusar la invitación, aun cuando la idea no le agradaba.

—Mi padre y Mary vendrán a verme en mayo —añadió Charlotte—, y espero que consientas en unirme a ellos. En verdad, Lizzy, serás recibida con la misma alegría.

La boda se celebró; la novia y el novio se marcharon a Kent desde la puerta de la iglesia, y todos tuvieron, como de costumbre, algo que decir sobre el asunto. Lizzy tuvo pronto noticias de su amiga, y su correspondencia fue tan regular y frecuente como siempre. Sin embargo, le resultaba imposible ser tan franca y expansiva. No podía escribirle sin advertir que había desaparecido entre ellas la confianza que nace de la amistad sincera, y aun cuando decidió que seguiría escribiéndole, lo hacía en atención a lo que su amistad había sido, no a lo que era. Abría con ansiedad las primeras cartas de Charlotte. No podía menos que ser curioso saber cómo hablaba de su nuevo hogar, qué opinión le merecía lady Catherine, hasta qué punto se consideraba feliz. Pero al leer esas primeras

misivas, Lizzy observó que Charlotte se expresaba exactamente como había previsto. No había en las cartas otra cosa que elogios para todo cuanto la rodeaba. La casa, el vecindario y los caminos, todo era de su gusto, y lady Catherine la mujer más amigable y atenta. La descripción de Hunsford y Rosings coincidía con la de Collins, aunque más razonable y comedida, y Lizzy comprendió que debía aguardar su visita para enterarse de lo demás.

A todo esto Jane había enviado unas líneas a su hermana anunciándole su feliz llegada a Londres, y Lizzy esperó que en la siguiente le comunicara algo referente a los Bingley.

Su impaciencia fue recompensada, como suele ocurrir. Jane llevaba una semana en la capital sin ver a Caroline ni oír hablar de ella. Lo explicaba suponiendo que quizá la carta que le había escrito desde Longbourn se había extraviado.

«Mi tía —continuaba— irá mañana a aquella parte de la ciudad y tendré ocasión de acercarme a la calle de Grosvenor.»

Escribió de nuevo una vez efectuada la visita en que vio a Miss Bingley. «No encontré a Caroline de buen humor, pero se alegró mucho de verme, reprochándome, sin embargo, el no haberle dado noticia de mi llegada a Londres. Yo estaba en lo cierto: no había recibido mi última carta. Luego, como era natural, pregunté por su hermano. Estaba bien, pero tan ocupado en cuestiones en común con Mr. Darcy que apenas lo veía. Me encontré con que Miss Darcy estaba invitada a comer. Deseaba verla, pero mi visita no fue larga, pues Caroline y Mrs. Hurst debían salir. Supongo que en breve las tendré por aquí.»

Lizzy sacudió la cabeza pensativamente al terminar de leer la carta, y quedó convencida de que sólo por casualidad Bingley podría descubrir que su hermana estaba en la capital.

Pasaron cuatro semanas, y Jane seguía sin ver a Mr. Bingley. Trató de convencerse de que no lo lamentaba, pero no pudo permanecer por más tiempo ciega hacia la falta de atención de Miss Bingley. Tras esperar en casa todas las mañanas durante quince días e inventar para aquélla una nueva excusa todas las tardes, la visita llegó al fin; pero la brevedad de la misma, y la extraña actitud de la visitante, eliminaron las dudas que Jane tenía respecto a ella. La carta que con ese motivo dirigió a su hermana demostró lo que sentía:

Estoy segura, mi queridísima Lizzy, de que serás incapaz de vanagloriarte de tu buen juicio cuando te confiese que he estado engañada por completo acerca del afecto de Miss Bingley hacia mí. Pero, querida hermana, aunque los hechos hayan demostrado



que tenías razón, no me juzgues obstinada si aún afirmo que, considerando su proceder, mi confianza era tan natural como tus sospechas. Después de todo, no comprendo la razón que le asistía para desear ser mi amiga íntima, pero si otra vez se produjeran las mismas circunstancias, es bien cierto que nuevamente volvería a engañarme. Caroline no ha devuelto mi visita hasta ayer, y ni una esquela ni una línea suya he recibido entretanto. Quedó patente que me visitaba de mala gana; dio una excusa ligera, de pura fórmula, por no haberme visitado antes, no dijo palabra de volver a vernos y estaba tan alterada que cuando se fue decidí firmemente que no continuaría su relación. Si bien no puedo evitar censurarla, la compadezco. Obró mal al apartarse de mí como lo hizo. Puedo decir, sin mentir, que todas las tentativas de intimidad nacieron de ella. Pero la compadezco porque tarde o temprano comprenderá que se ha comportado mal, y porque estoy segura de que la zozobra por su hermano es la causa de todo. No necesito explicarme más, y aunque sabemos que no hay motivos para semejante zozobra, con todo, si es que la experimenta, fácilmente podrá explicar su conducta para conmigo, y siendo él tan merecidamente querido para ella, cuanta zozobra pueda sentir por él es natural y comprensible. Pero no puedo por menos que admirarme de que salga ella ahora con temores por el estilo, porque si él se hubiera cuidado de mí, hace tiempo que nos habríamos encontrado en la ciudad. Él sabe que estoy en Londres; de eso estoy segura por algo que ella misma me ha comunicado, y con todo, por el modo de expresarse parecía como si Caroline necesitara persuadirse de que en realidad él está enamorado de Miss Darcy. No lo entiendo. Si no temiera juzgarla con dureza, casi me atrevería a decir que en todo esto hay grandes apariencias de falsedad. Pero en lo sucesivo sólo pensaré en aquello que puede hacerme feliz: tu cariño y la bondad que me demuestran mis queridos tíos. Hazme saber pronto de vosotros. Miss Bingley dijo algo de no regresar jamás a Netherfield y deshacerse de la casa, pero no sé si lo harán. Será mejor que no hablemos de eso. Me complace mucho que hayas tenido tan buenas noticias de nuestros amigos de Hunsford. Te ruego que vayas a verlos con sir William y Mary. Estoy convencida de que te encontrarás muy bien allí.

Tuya JANE.

La lectura de esta carta disgustó a Lizzy, pero le procuró cierto consuelo el saber que Jane ya no viviría engañada, al menos respecto a Miss Bingley. Toda esperanza relativa al hermano quedaba ahora disipada por completo. Cuanto más pensaba en él, más descendía en su estima, y como si esto supusiera un castigo para él a la vez que una ventaja para Jane, deseaba sinceramente que se casase pronto con la hermana de Darcy, ya que, según Wickham, lo obligaría a arrepentirse de haberla despreciado.



Mrs. Gardiner recordó por entonces a Lizzy su promesa acerca de Wickham, y le pidió noticias sobre el particular. Las que Lizzy podía proporcionarle eran más satisfactorias para su tía que para sí misma. El aparente interés de él había desaparecido y sus atenciones habían acabado; ahora admiraba a otra. Lizzy vigilaba lo suficiente para verlo todo, y podía observarlo y escribir sobre ello sin verdadero pesar. Apenas si se sentía herida, y su vanidad se veía satisfecha por creer que si la posición social lo hubiese hecho posible, habría sido ella la elegida. La inesperada herencia de diez mil libras era el mayor atractivo que podía ofrecer la joven a quien ahora él procuraba agradar. Pero Lizzy, acaso con menor perspicacia que en el caso de Charlotte, no disintió con él por sus anhelos de independencia. Por el contrario, nada juzgaba más natural; y como podía suponer que le costaba a él algún esfuerzo abandonarla, estaba dispuesta a considerar el hecho como una solución apetecible para ambos, y podía desearle sinceramente que fuese feliz.

Todo eso fue expuesto a Mrs. Gardiner, y tras relatar las circunstancias, añadía: «Tengo la certeza, querida tía, de que nunca he estado muy enamorada, pues si realmente hubiera experimentado esa pasión pura y elevada, ahora detestaría hasta el nombre de semejante individuo y le desearía toda suerte de males. Pero no sólo abrigo sentimientos cordiales hacia él, sino que miro con imparcialidad a Miss King, y no la odio sino que, por el contrario, la considero buena muchacha. No puede haber amor en todo eso. Mi desvelo ha sido real; y aunque si estuviera frenéticamente enamorada de él resultaría ahora más interesante para todos sus conocidos, no puedo decir que lamento mi relativa insignificancia. A veces la importancia se paga demasiado cara. Kitty y Lydia son más sensibles que yo en lo que a asuntos del corazón se refiere; son jóvenes y todavía no están hechas a la mortificante convicción de que los hombres atractivos han de tener algún recurso para vivir, como todos los demás.»

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 27

Sin otros acontecimientos dignos de importancia ni más variación que los paseos a Meryton, unas veces con lodo y otras con frío, pasaron para Lizzy los meses de enero y febrero. En marzo debía ir a Hunsford. Al principio no había pensado seriamente en hacerlo, pero vio que Charlotte se había empeñado en ello y, poco a poco, acabó por decidirse a efectuar el viaje. La ausencia de su amiga había acrecentado sus deseos de verla y amenguado la antipatía que sentía hacia Collins. El proyecto ofrecía cierta novedad, y como con tal madre y tan poco sociables hermanas no podía resultar apetitosa la estancia en casa, no sentaría mal un cambio. El viaje le proporcionaba, además, el placer, de dar un abrazo a Jane, y, en suma, cuando llegó el momento de marchar le hubiese sabido mal cualquier dilación.

Todo salió a pedir de boca y de acuerdo con el conocido plan de Charlotte. Acompañaría a sir William y a su segunda hija. Incluso se mejoró el plan añadiéndole una noche en Londres, de modo que resultó perfecto.

La única pena de Lizzy era separarse de su padre, que la echaría de menos. En efecto, antes de que partiese éste le pidió que le escribiese, y hasta casi prometió que contestaría su carta.

Wickham la despidió amistosamente. Sus actuales intereses amorosos no hacían olvidar a Lizzy que había sido la primera en merecer su atención, la primera en escucharlo y compadecerlo, la primera a quien admiró; y en su manera de decirle adiós, deseándole toda clase de dichas, recordándole lo que había de esperar de lady Catherine de Bourgh y confiando en que sus opiniones sobre ella y sobre todos coincidirían, hubo tal solicitud e interés que sintió un deber corresponderle con el más sincero afecto. Así, partió convencida de que, lo mismo casado que soltero, Wickham sería siempre un modelo de hombre amable y agradable.

Los compañeros de viaje no eran como para hacer éste muy grato. Sir William Lucas y su hija Mary, muchacha simpática, aunque con la cabeza tan hueca como su padre, no tuvieron nada que decir que valiera la pena, y así, los escuchó con el mismo interés que oía el ruido del carruaje. Lizzy gustaba del absurdo, pero conocía a sir William desde hacía mucho tiempo. Nada nuevo podía referirle ya de las maravillas de su presentación en la corte y de su dignidad de caballero, y sus modales eran tan anticuados como sus noticias.

Era un viaje de veinticuatro millas, y lo emprendieron tan temprano, que al mediodía estaban en Londres, en la calle Gracechurch. Al detenerse ante la puerta de los Gardiner, Jane se asomó a la ventana del salón, donde estaba esperando su llegada; al entrar en el comedor, allí estaba para darles la bienvenida, y Lizzy, tras contemplarla con ansiedad, se alegró de hallarla tan sana y cariñosa como siempre. En la escalera había un tropel de niños y niñas cuya impaciencia por la llegada de su prima, a quien no veían desde hacía un año, no les permitía esperar en el salón, por estarles vedado. Todo era alegría y muestras de cariño. El día transcurrió gratamente: la tarde, en caminar y recorrer tiendas, y la noche, en un teatro.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Lizzy tuvo ocasión de conversar con su tía. El primer tema que abordaron fue Jane, y le causó pena, más que extrañeza, oír que aunque su hermana se esforzaba en conservar la entereza de ánimo, sufría períodos de profunda melancolía. Con todo, era razonable esperar que no se prolongasen por mucho tiempo. Le contó también Mrs. Gardiner ciertos detalles sobre la visita de Miss Bingley, refiriéndole la conversación mantenida entre Jane y ella, lo que demostraba que aquélla había borrado de su corazón todo sentimiento de amistad.

Mrs. Gardiner reanimó a su sobrina por la deserción de Wickham, felicitándola por la facilidad con que lo había olvidado.

—Pero, querida Lizzy —añadió—, ¿qué clase de muchacha es Miss King? Mucho sentiría pensar que nuestro amigo resultó un vulgar mercenario.

—Dime, tía, ¿qué diferencia hay, en cuestiones de matrimonio, entre un mercenario y una persona prudente? ¿Dónde acaba la discreción y comienza la avaricia? La Navidad pasada temías que me casara con él porque habría sido una imprudencia, y ahora, por declararse a una joven que acaba de heredar diez mil libras, lo tildas de mercenario.

—Si supiese qué clase de muchacha es Miss King, te diría qué pienso de ella.

—Creo que es una muchacha muy buena. Nada malo he oído decir de ella.

—Pero él no le dedicó la menor atención hasta la muerte de su abuelo, lo que la hizo dueña de su fortuna.

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Si no podía obtener mi afecto por carecer yo de dinero, ¿qué motivo existía para que se mostrase interesado por una muchacha tan pobre como yo?

—Pero es indecoroso que comenzara a cortejarla poco después de lo ocurrido entre vosotros.

—Un hombre que carece de recursos no puede permitirse el lujo de perder el tiempo simulando el decoro elegante de los pudientes. Si ella no se lo reprocha, ¿por qué hemos de hacerlo nosotras?

—El que ella no se lo reproche, no lo justifica a él. Sólo muestra que ella carece de algo, bien de prudencia, bien de sentimiento.

—De acuerdo —repuso Lizzy—, como quieras. Serán, él, mercenario, y ella, necia.

—No, Lizzy; no pretendo eso. Ya sabes cuánto me dolería pensar mal de un joven que ha vivido tanto tiempo en el condado de Derby.

—Si eso es todo, yo tengo muy mala opinión de jóvenes que viven en ese condado; y sus íntimos amigos, que viven en el de Hunsford, no son mucho mejores. Estoy harta de todos ellos. Gracias a Dios, mañana me encontraré con un hombre que no posee ninguna cualidad agradable, que carece de modales y hasta de sentido que puedan recomendarlo. Los hombres necios son, después de todo, los únicos que vale la pena conocer.

—Cuidado, Lizzy, que esas palabras revelan demasiado disgusto.

Antes de separarse, Lizzy tuvo la dicha inesperada de que sus tíos la invitasen a acompañarlos en un viaje de recreo que se proponían emprender durante el verano.

—No hemos decidido aún hasta dónde llegaremos —dijo Mrs. Gardiner —, pero es probable que vayamos a los Lagos.

Ningún proyecto podía causar más satisfacción a Lizzy, y así, aceptó de inmediato, agradecida.

—Querida tía —exclamó con entusiasmo—, ¡qué feliz me haces! Me dais nuevo vigor. ¡Adiós a los disgustos y al mal humor! ¿Qué son los hombres al lado de los valles y las montañas? ¡Oh! ¡Qué horas felices pasaremos! Y al regresar no seremos, como otros viajeros, incapaces de dar idea exacta de lo vivido. Sabremos adónde hemos ido, recordaremos lo que hayamos visto. Lagos, montañas y ríos estarán mezclados en nuestra imaginación, y al tratar de describir una escena particular no comenzaremos por disputar sobre el lugar donde tuvo lugar. Que nuestras primeras efusiones sean menos insoportables que las de la mayoría de los viajeros.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 28

Todo lo que aconteció al día siguiente fue nuevo e interesante para Lizzy. Estaba feliz de ver a su hermana, cuyo aspecto había hecho que se desvanecieran sus temores por su estado de salud, y la perspectiva de un viaje por el Norte era una fuente inagotable de delicias.

Cuando dejaron la carretera principal para tomar el camino de Hunsford, las miradas buscaban la abadía, y todos, al salir de cada curva, esperaban tenerla a la vista. La valla de Rosings Park era su límite por uno de los lados. Lizzy sonrió al recordar cuántas cosas había oído de sus habitantes.

Por fin, divisaron la abadía. El jardín, que se extendía hasta el camino, la casa que se alzaba en él, la verde empalizada, el seto de laurel; todo declaraba que se acercaban. Collins y Charlotte aparecieron a la puerta, respondiendo a los saludos y sonrisas de los viajeros, y el carruaje se detuvo ante una pequeña entrada que a través de una estrecha alameda conducía a la casa. Cuando descendieron del coche, se regocijaron mutuamente de verse. Mrs. Collins dio la bienvenida a su amiga con grandes muestras de alegría, y Lizzy, al verse tan afectuosamente recibida, se sintió feliz de estar allí. Al instante observó que los modales de su primo no habían variado con el matrimonio; su ceremoniosa cortesía seguía siendo la misma, y la entretuvo por unos instantes ante la puerta para que oyese y respondiera sus preguntas sobre toda la familia. Entraron en la casa sin más dilación que la necesaria para apreciar la limpieza que reinaba en ella, y en cuanto se vieron en la sala de estar, Collins les dio de nuevo la bienvenida con ostentosa formalidad, repitiendo punto por punto los ofrecimientos que su mujer les hiciera de servirles un refrigerio.

Lizzy no estaba preparada para escuchar grandezas, y advirtió que al elogiar su primo las buenas dimensiones de la estancia y su aspecto y mobiliario se dirigía en particular a ella, con la intención de que lamentase el haber perdido tanto al rechazarlo. Pero aunque todo parecía limpio y cómodo, no pudo complacerlo con miradas de arrepentimiento, antes bien, se admiraba de que su amiga pudiera mostrarse tan alegre con semejante compañero. Cuando Collins decía algo de lo que su mujer debiera razonablemente ruborizarse, lo que ocurría a menudo, Lizzy, sin poder evitarlo, miraba a Charlotte. En un par de ocasiones descubrió en ella un débil sonrojo, pero, en general, la esposa no lo escuchaba, con lo que daba muestras de cordura. Tras permanecer allí el tiempo suficiente para admirar uno a uno los muebles de la estancia, desde el armario hasta la rejilla de la chimenea, y contar el viaje y todo lo ocurrido en Londres, Collins las invitó a dar una vuelta por el jardín, de cuyo cuidado se encargaba personalmente. Trabajar en el jardín era uno de sus mayores placeres, y Lizzy admiró la moderación con que Charlotte elogiaba lo saludable del ejercicio y reconocía que animaba a su marido a hacerlo. Guiándolos a través de sendas y encrucijadas, y concediéndoles apenas algún intervalo para expresar las alabanzas de rigor, fue señalando los lugares a su juicio más atractivos con una minuciosidad que superaba en mucho su belleza. Describía los campos que se veían y sabía de memoria el número de árboles que había en los lugares más distantes. Pero de

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



todo lo que abarcaba la vista, la campiña y aun el reino en general, nada podía equipararse a Rosings, situada en un claro de la arboleda que rodeaba el parque, enfrente mismo de la casa. Rosings era un edificio moderno, hermoso y bien emplazado sobre una loma no muy elevada.

Desde su jardín, Collins pretendía llevarlos a recorrer sus dos prados, pero como las señoras carecían de calzado adecuado, desistieron de hacerlo. Y mientras Sir William lo acompañaba, Charlotte invitó a su hermana y a Lizzy a entrar en la casa, muy satisfecha de tener oportunidad de mostrársela sin ayuda de su marido. Era más bien pequeña, pero bien dispuesta, y todo estaba arreglado con limpieza y propiedad, lo que reconoció Lizzy ante su amiga. Si se hubiese podido prescindir de Collins, todo habría resultado más cómodo, y por la actitud de Charlotte, Lizzy supuso que a menudo debía olvidarse de él.

Ya le habían comunicado que lady Catherine seguía en el campo. Cuando estaban cenando volvió a hablarse de ella, y Collins, sumándose a la conversación, dijo:

—Sí, Lizzy, tendrás el honor de ver a lady Catherine de Bourgh el domingo próximo en la iglesia, y te aseguro que la hallarás muy agradable. Es todo afabilidad y condescendencia, y no dudo de que serás honrada con alguna observación suya cuando termine el servicio religioso. No tengo dudas de que os invitará a ti y a mi hermana Mary durante vuestra estancia aquí. Su conducta respecto de mi querida Charlotte es encantadora. Comemos en Rosings dos veces por semana, y nunca nos permite que regresemos a pie. Siempre dispone para nosotros de su carruaje; mejor dicho, de uno de los carruajes, porque tiene varios.

—Lady Catherine es, en verdad, una mujer respetable y afectuosa — intervino Charlotte—, y una vecina muy atenta.

—Muy cierto, querida; eso es justamente lo que yo digo. Es una mujer para quien todo elogio es poco.

La velada se empleó, principalmente, en hablar del condado de Hertford y en repetir lo que ya se había dicho por escrito, y cuando terminó, Lizzy, en la soledad de su habitación, reflexionó sobre el grado de satisfacción de Charlotte y la paciencia que demostraba para con su marido y su habilidad para sacar partido de él. Pensó también en cómo pasarían los días que durase su visita, en qué ocuparían el tiempo, en las molestas interrupciones de Collins y en la alegría que podía brindar el trato con los de Rosings. En su viva imaginación, todo quedó pronto decidido.

Hacia la mitad del día siguiente, cuando estaba en su cuarto dispuesta a salir de paseo, un repentino ruido que se produjo abajo pareció sumir la casa en la confusión, y tras aguzar el oído, advirtió que alguien subía por la escalera a toda prisa y la llamaba en voz alta. Abrió la puerta y se encontró en el corredor con Mary, quien, sin aliento y visiblemente agitada, exclamó:

—¡Oh, mi querida Lizzy! ¡Date prisa y ve al comedor, porque hay algo que ver allí! No puedo decirte qué es. Apresúrate y baja cuanto antes.

En vano preguntó Lizzy qué ocurría. Mary no quiso decir más, y ambas corrieron al comedor, cuyas ventanas daban al camino, para ver el motivo de tanto alboroto. De inmediato Lizzy comprobó que un faetón se había detenido ante la puerta del jardín y que en él había dos damas.

—¿Y eso es todo? —exclamó Lizzy—. ¡Esperaba, por lo menos, que los lechoncillos hubieran entrado en el jardín, y no es sino lady Catherine con su hija!

—¡Oh, querida! —repuso Mary, extrañadísima de la equivocación—, no se trata de lady Catherine. La anciana es Mrs. Jenkinson, que vive con ellas. La otra es Miss de Bourgh. Mira sólo a ésta. Parece una niña. ¿Quién habría imaginado que era tan delgada y pequeña?

—Es muy poco considerado tener a Charlotte fuera con este viento. ¿Por qué no entra?

—¡Oh! Charlotte dice que nunca lo hace. Es un favor extraordinario el que Miss de Bourgh se digne entrar.

—Me gusta su aspecto —dijo Lizzy, que tenía otros pensamientos en mente—. Parece enferma y de mal talante. Sí, a él le resultará una esposa muy adecuada.

Collins y su mujer estaban de charla con las señoras, y sir William para gran regocijo de Lizzy, se hallaba en el camino, contemplando la escena con actitud solemne, inclinándose cortésmente cuando Miss de Bourgh lo miraba.

Por fin la conversación se acabó; las señoras siguieron su camino, y los otros entraron en la casa. Apenas se hubieron marchado, Collins comenzó a felicitarlas por su suerte. Charlotte intervino a continuación para comunicarles que todos estaban invitados a comer en Rosings al día siguiente.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 29

La satisfacción de Collins por la invitación fue completa. El poder mostrar la amabilidad de su protectora ante sus admirados visitantes, y hacerles ver su cortesía para con él y su esposa eran las cosas que más anhelaba; y el que tan pronto se hubiese presentado la ocasión para ello era una prueba tan evidente de lady Catherine, que no sabía cómo elogiarla bastante.

—Confieso —dijo— que nada me habría sorprendido una invitación de Su Señoría para tomar el té el domingo y pasar la tarde en Rosings; antes bien, conociendo su afabilidad, esperaba que aconteciese. Pero ¿quién podía prever una atención como ésta? ¿Quién habría imaginado que todos los de la casa seríamos invitados a comer allí tan inmediatamente después de vuestra llegada?

—Yo soy el menos asombrado de lo ocurrido —replicó sir William—, ya que sé cómo se comportan los aristócratas, debido a mi posición social. En la corte esos ejemplos no son raros.

Todo ese día y la mañana siguiente apenas se habló de otra cosa que de la visita a Rosings. Collins fue instruyéndolos con cuidado acerca de lo que iban a ver, para que la vista de tanto lujo, de tantos criados y de tan espléndida comida no los sobrecogiese.

Cuando las señoras se separaban para vestirse, dijo a Lizzy:

—No te inquietes, querida prima, por lo que vayas a lucir. Lady Catherine está muy lejos de exigir de nosotros la elegancia que ostentan ella y su hija. Sólo te recomendaría que te pusieras el mejor vestido que tengas; eso es todo. Lady Catherine no te juzgará mal porque vayas vestida con sencillez. Le agrada que se le reserve la distinción correspondiente a su rango.

Mientras se vestían, él se acercó dos o tres veces a las respectivas puertas recomendando prisa, pues lady Catherine censuraba mucho tener que esperar para la comida.

Tan elevadas noticias de Su Señoría y de su modo de ser habían asustado a Mary Lucas, poco hecha a los actos sociales, quien miraba su entrada en Rosings con tanto temor como su padre había experimentado cuando fue presentado en St. James.

Como hacía buen tiempo, se tuvo la idea de dar un agradable paseo de media milla por el parque. Todo parque posee sus bellezas y sus perspectivas, y Lizzy halló en aquél mucho que le agradó, aunque no le produjo tanto entusiasmo como esperaba Collins cuando éste le hizo la relación del número de ventanas de la fachada de la casa y la cantidad que, en conjunto, le habían costado las vidrieras a sir Lewis de Bourgh.

Cuando subían por la escalinata hacia el vestíbulo, la excitación de Mary crecía por momentos, y ni sir William se encontraba tranquilo por completo. Lizzy conservaba la calma. Nada había oído de lady Catherine que le revelase un talento extraordinario o la virtud de una santa, y estaba convencida de que no iba a deslumbrarse ante la majestad del dinero y del rango.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



Desde el vestíbulo de entrada, del que Collins hizo notar con entusiasmo las armoniosas proporciones y el delicado ornato, siguieron a los criados, a través de una antecámara, a la habitación donde lady Catherine, su hija y Mrs. Jenkinson se encontraban. Su Señoría, con gran amabilidad, se levantó para recibirlos, y como Mrs. Collins había acordado con su marido que ella se encargaría de las presentaciones, éstas se hicieron de manera conveniente, sin ninguna de las excusas y muestras de agradecimiento que él habría juzgado necesarias.

A pesar de haber estado en St. James, sir William quedó tan admirado de la grandiosidad de cuanto lo rodeaba, que apenas tuvo valor para hacer una gran reverencia, tomó asiento sin decir palabra; y su hija, asustada y como fuera de sí, se sentó también en el borde de una silla, sin saber adónde mirar. Lizzy permanecía totalmente tranquila y observó con calma a las tres damas que tenía ante sí. Lady Catherine era muy alta y gruesa, de facciones fuertemente marcadas, que tal vez hubiesen sido bellas en sus tiempos. Su aire no era atrayente ni sus modales fueron, al recibirlos, propios para hacer olvidar a sus visitantes su inferior jerarquía. No la hacía imponente el silencio, pero lo que decía lo decía con tono tan autoritario que hacía resaltar su importancia, lo que hizo que Lizzy recordase al instante a Wickham, y que comprobase que lady Catherine era punto por punto como aquél la había retratado.

Cuando, tras examinar a la madre, en cuyo aspecto y proceder pronto descubrió semejanza con Darcy, volvió los ojos a la hija, casi se asombró tanto como Mary al ver que era tan delgada y menuda. Ni en la figura ni en el rostro había la menor semejanza entre las dos. Miss de Bourgh era pálida y enfermiza; sus facciones, aunque no ordinarias, insignificantes, y hablaba poco, excepto, en voz baja, con Mrs. Jenkinson, en cuyo aspecto nada había de notable, que se hallaba siempre pendiente de ella.

Tras permanecer sentadas unos minutos, fueron llevadas a una de las ventanas, para admirar el paisaje, cuya belleza apuntó Collins, informándoles amablemente lady Catherine de que era mucho mejor en el verano.

La comida fue ciertamente succulenta, y en ella se vieron todos los criados y toda la vajilla de plata que Collins había prometido; y, como probablemente había pronosticado, se sentó él a la cabecera de la mesa a requerimientos de Su Señoría, lo que hizo dando a entender que la vida no podía brindarle nada mejor. Trinchaba, comía y alababa todo con deliciosa vivacidad, y cada plato era ponderado primero por él y luego por sir William, que se hallaba ya lo suficiente sereno para ser el eco de cuanto decía su yerno, de tal modo que Lizzy se admiraba de que lady Catherine pudiese soportarlos. Pero ésta parecía encantada con algunas expresiones de admiración y sonreía graciosamente, en especial cuando algún plato resultaba novedad para aquéllos. Los demás no conversaban mucho. Lizzy estaba dispuesta a hablar en cuanto se le diera oportunidad, pero se hallaba sentada entre Charlotte y Miss de Bourgh, la primera de las cuales se dedicaba a escuchar a lady Catherine, en tanto que la segunda no soltó prenda en toda la comida. Mrs. Jenkinson se ocupaba sobre todo de vigilar la alimentación de Miss de Bourgh, invitándola a que tomase de algún otro plato y temiendo que estuviese indispuesta. Mary pensaba que debía callar, y los caballeros no hacían sino comer y expresar su admiración.

Cuando las señoras regresaron al salón, poco hubo que hacer en él fuera de escuchar la charla de lady Catherine, que duró sin descanso hasta que llegó el café, dando a conocer su opinión sobre toda clase de asuntos, de modo tan resuelto que revelaba cuán poco acostumbrada estaba a que se discutiesen sus juicios. Interrogó a Charlotte sobre los quehaceres domésticos, y le dio infinidad de consejos para resolverlos; incluso la instruyó acerca del modo de cuidar las vacas y los pollos, y todo lo hizo de manera detallada y tono familiar. Lizzy notó que la gran señora aprovechaba cualquier ocasión para dar consejos a los demás. En los intervalos de su conferencia con Mrs. Collins, dirigió varias preguntas a Mary y Lizzy, en especial a ésta, de cuyas relaciones sabía menos, y de quien dijo a Mrs. Collins que era muchacha muy gentil y agradable. En diferentes ocasiones le preguntó cuántas hermanas tenía, si eran mayores o menores que ella, si alguna iba a casarse pronto, si eran guapas, si habían sido bien educadas, de qué talante era su padre, y cuál había sido el apellido de soltera de su madre. A Lizzy le pareció una impertinencia aquella serie de preguntas, pero las contestó con toda corrección. Lady Catherine observó entonces:

—Me han informado que la propiedad de su padre pasará algún día a Mr. Collins. Por usted — dijo volviéndose a Charlotte— lo celebro; pero por lo demás, no veo motivo para vincular estados fuera de la línea femenina. En su momento la familia de sir Lewis de Bourgh no lo juzgó necesario. ¿Toca usted o canta, Miss Bennet?

—Un poco.

—¡Ah! Entonces, confío en que alguna vez tendremos el gusto de escucharla. Nuestro piano es excelente; probablemente superior al... Algún día lo probará usted. Y sus hermanas ¿tocan y cantan?

—Una de ellas.

—¿Por qué no han aprendido todas? Deberían haberlo hecho. Todas las señoritas Webb saben tocar, y sus padres no poseen tan buenos ingresos como los de ustedes. ¿Dibujan ustedes?

—No; nada en absoluto.

—¿Cómo? ¿Ninguna de ustedes?

—Ninguna.

—Es muy raro. Supongo que se deberá a que no han tenido ocasión. Su madre debería haberlas llevado a la capital todas las primaveras para poder tener buenos maestros.

—Mi madre no se habría opuesto; pero mi padre odia Londres.

—¿Las ha abandonado su institutriz?

—Nunca tuvimos institutriz.



—¡Sin institutriz! ¿Cómo ha sido posible? ¡Cinco hijas educadas en casa, sin institutriz! Jamás oí nada semejante. Su madre ha debido de ser esclava de la educación de sus hijas.

Lizzy, con dificultad, reprimió una sonrisa al asegurarle que la cosa no había sido así.

—Entonces, ¿quién les enseñó? ¿Quién las cuidó? Sin institutriz, tuvieron que estar por completo abandonadas.

—En comparación con ciertas familias, creo que lo estábamos; pero a aquella de nosotras que deseó aprender, nunca le faltaron medios. Siempre se nos estimulaba a leer, y teníamos cuantos maestros eran precisos. Verdad es que quienes preferían estar ociosas podían estarlo.

—¡Ah, no hay duda!; pero eso se evita teniendo en casa una institutriz, y si yo hubiera conocido a su madre, le habría aconsejado con insistencia que tomase una. Siempre sostengo que en materia de educación nada se consigue sin instrucción sólida y ordenada, y sólo una institutriz puede darla. Es maravilloso ver las muchas familias a quienes he proporcionado medio de servirse de ellas. Siempre me agrada colocar bien a una joven. Lo he hecho con cuatro sobrinas de Mrs. Jenkinson, y el otro día recomendé a otra joven de quien por casualidad se me habló, y la familia está muy complacida con ella. Mrs. Collins, ¿le he dicho que estuvo ayer lady Metcalfe para darme las gracias? Tiene a Miss Pope por un tesoro. «Lady Catherine», me dijo, «me ha dado usted un tesoro». ¿Ha sido presentada en sociedad alguna de sus hermanas menores, Miss Bennet?

—Sí, señora, todas.

—¡Todas! ¡Cómo!, ¿las cinco a la vez? ¡Es muy singular! Y usted es la segunda. ¡Las menores, presentadas antes de que estén casadas las mayores! Sus hermanas menores deben ser muy jóvenes...

—Sí; la menor aún no ha cumplido dieciséis años. Acaso sea demasiado joven para presentarla en sociedad. Pero, en realidad, señora, estimo que sería muy duro para las menores que careciesen de trato mundano y entretenimientos por el simple hecho de que las mayores no poseyesen medios o inclinación para casarse pronto. La última nacida tiene tanto derecho como la primera a los placeres de la juventud. ¡Y demorarlos por ese motivo! Creo que eso no sería muy a propósito para promover el cariño fraternal ni la delicadeza de pensamientos.

—A fe mía —exclamó lady Catherine— que da usted sus opiniones de modo muy resuelto para ser tan joven. Haga el favor de decirme qué edad tiene.

—Con tres hermanas menores que yo y ya crecidas —replicó Lizzy con una sonrisa—, Su Señoría no esperará que lo confiese, ¿verdad?

Lady Catherine pareció asombrarse de no recibir una respuesta directa, y Lizzy sospechó de sí misma que era la primera criatura que se había atrevido a replicar adecuadamente una impertinencia de tan aristocrática persona.

—No puede tener más de veinte, estoy segura; por lo tanto, no hay motivo para que oculte su edad.

—Aún no he cumplido veintiuno.

Cuando los caballeros se les unieron y se hubo tomado el té, se dispusieron las mesitas de juego. Lady Catherine, sir William y Mr. y Mrs. Collins se sentaron a jugar una partida de cuatrillo, y como Miss de Bourgh prefirió jugar a cassino, las dos muchachas tuvieron el honor de ayudar a Mrs. Jenkinson a completar la suya. Resultó muy aburrido para aquéllas. Apenas se dijo una palabra que no se refiriera al juego, excepto cuando la mencionada señora expresaba sus temores de que Miss de Bourgh tuviera excesivo calor o excesivo frío, o la luz fuese escasa o excesiva. La otra mesa estaba más animada. Lady Catherine casi no paraba de hablar, señalando las equivocaciones de los demás o relatando alguna anécdota relativa a sí misma. Collins no hacía otra cosa que manifestar su acuerdo con cuanto decía Su Señoría, y le daba las gracias cuando ganaba o se excusaba si creía que la ganancia era excesiva. A sir William no se le oía mucho; no hacía sino traer a la memoria anécdotas y apellidos de la nobleza.

Cuando Lady Catherine y su hija se cansaron de jugar, quitáronse las mesas y se ofreció a Mr. y Mrs. Collins el coche, que fue aceptado con gratitud y pedido al punto. La reunión entonces se congregó junto al fuego, para oír a lady Catherine hablar del tiempo que iba a hacer al día siguiente. En eso estaban cuando se les avisó de la llegada del coche, y con muchas frases de agradecimiento por parte de Collins y numerosas reverencias por la de sir William, se marcharon. En cuanto salieron, Lizzy fue invitada por su primo a dar su opinión sobre lo que acababa de ver en Rosings, a lo que ella, en atención a Charlotte, se prestó, haciéndolo del modo más favorable. Pero su elogio, por mucho esfuerzo que le costara, no satisfizo a Collins, quien se vio obligado a tomar por su cuenta el elogio de Su Señoría.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 30

Sir William sólo permaneció una semana en Hunsford, pero su visita bastó para convencerlo de que su hija estaba muy bien instalada y de que poseer tal marido y semejante vecina no eran cosa corriente. Mientras sir William estuvo allí, Collins dedicaba la mañana a sacarlo en su coche abierto y mostrarle la campiña; pero cuando se marchó toda la familia volvió a sus habituales tareas, alegrándose Lizzy de que el cambio de vida le permitiese no ver a su primo tanto como antes, porque la mayor parte del tiempo entre el almuerzo y la comida lo pasaba trabajando en el jardín, leyendo, escribiendo o mirando a través de la ventana de su biblioteca, que daba al camino. La estancia donde solían estar las señoras daba a la parte posterior de la casa. Al principio Lizzy se extrañaba de que Charlotte no prefiriese para uso común el comedor, habitación más grande y de mejor aspecto, pero pronto comprendió que su amiga estaba acertada al obrar así, pues Collins se habría quedado mucho menos en su aposento si ellas hubieran usado otro tan alegre, y dio la razón a Charlotte por su proceder.

Desde aquel salón no podían distinguir nada del camino, y por eso siempre tenían que enterarse por Collins de los coches que pasaban, y en especial de lo a menudo que Miss de Bourgh lo hacía en su faetón, cosa que él jamás dejaba de comunicarles, aunque ocurriese casi todos los días. No pocas veces se detenía ella en la abadía y charlaba por unos minutos con Charlotte, pero ésta casi nunca lograba convencerla de que bajase del carruaje.

Collins iba andando a Rosings casi a diario, y a menudo su esposa se creía obligada a hacer lo propio, y hasta que Lizzy recordó que podía haber otra familia dispuesta a lo mismo, no pudo comprender el sacrificio de tantas horas. De vez en cuando los honraba con una visita Su Señoría, a quien nada de cuanto ocurría en el salón pasaba inadvertido. Observaba, en efecto, sus ocupaciones, miraba sus labores y les aconsejaba hacerlas de otro modo; hallaba defectos en la disposición de los muebles o descubría negligencias en la criada, y si aceptaba algún refrigerio, parecía hacerlo únicamente para encontrar que los que ella daba eran más refinados y estaban mejor servidos.

Pronto se percató Lizzy de que aun cuando la paz del condado no estaba encomendada a la gran señora, ésta era muy activa magistrada en su propia parroquia, cuyos asuntos, por nimios que fuesen, le comunicaba Collins, y siempre que uno de los aldeanos salía pendenciero o se mostraba descontento o se sentía demasiado pobre, se presentaba en el lugar oportuno dispuesta a zanjar las diferencias o a acallar las quejas, procurando armonía y abundancia.

La invitación para comer en Rosings se repetía un par de veces por semana, y desde la partida de Sir William, como sólo había una mesa de juego durante la velada, el entretenimiento era siempre el mismo. Sus restantes invitaciones eran escasas, pues el modo de vivir de tan distinguida vecina era, en general, distinto del de los Collins. Eso no le preocupaba a Lizzy, quien procuraba pasar el tiempo lo mejor posible. Platicaba animadamente con Charlotte y, como el tiempo era hermosísimo dada la estación, disfrutaba a menudo de esparcimiento fuera de casa. Su paseo favorito, que efectuaba mientras los demás visitaban a lady Catherine, era a lo largo de

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.



la alameda que bordeaba aquel lado del parque, donde había un sendero ligeramente accidentado que nadie parecía apreciar sino ella, y en el que se hallaba fuera del alcance de la curiosidad de Su Señoría.

De aquella manera tranquila transcurrió la primera quincena de su estancia. Se acercaba la Pascua, y la semana anterior a la misma iba a aportar aumento en la familia de Rosings, aumento que en tan reducido círculo parecía resultar de la mayor importancia. Lizzy había oído, poco después de su llegada, que se esperaba a Darcy en pocas semanas, y aunque hubiese preferido la llegada de cualquier otro de sus conocidos, era cierto que el arribo de aquél podía prestar alguna relativa variedad a las veladas en Rosings, y ella se divertiría observando hasta qué punto serían ineficaces las intrigas de Miss Bingley y la actitud de Darcy para con su prima. Era evidente que lady Catherine lo tenía destinado a su hija, pues siempre hablaba de la llegada de él en términos de admiración, e incluso se mostraba molesta cuando Miss Lucas y Lizzy manifestaban que lo habían visto con frecuencia.

Su llegada fue conocida pronto en la abadía, porque Collins llevaba paseándose toda la mañana con la vista fija en las casitas que daban entrada al camino de Hunsford, y después de hacer una profunda reverencia cuando el coche entró en el parque, se apresuró a ir a casa a comunicar la gran noticia. A la mañana siguiente fue a Rosings para ofrecerle sus respetos. Había allí dos sobrinos de lady Catherine, porque Darcy había llevado consigo al coronel Fitzwilliam, hijo menor de su tío, un lord, y para gran sorpresa de toda la casa, cuando Collins regresó, ambos caballeros lo acompañaron. Charlotte los había visto desde la habitación de su marido, cuando cruzaban el camino, y al instante comunicó a las muchachas el alto honor que las esperaba, añadiendo:

—Debo darte las gracias, Lizzy, por esa muestra de cortesía. Mr. Darcy no habría venido tan pronto a visitarme.

Lizzy apenas tuvo tiempo de negar sus derechos a semejante cumplido, cuando sonó la campanilla, y poco después los tres caballeros entraron en la estancia. El coronel Fitzwilliam, que iba delante, aparentaba unos treinta años, y, aunque no era guapo, su atuendo y sus modales anunciaban su condición de caballero. El aspecto de Darcy no había cambiado; hizo sus cumplidos a los Collins con su habitual reserva, y, cualesquiera que fuesen sus sentimientos hacia Lizzy, la saludó con tranquila compostura. Ella se limitó a devolverle el saludo sin decir palabra.

El coronel Fitzwilliam intervino enseguida en la conversación, con la desenvoltura y facilidad de un hombre bien educado, charlando muy animadamente. Pero su primo, tras hacer algunas observaciones a Collins sobre el jardín y la casa, permaneció sentado por un rato sin dirigir la palabra a nadie. Finalmente, no obstante, su cortesía lo obligó a preguntar a Lizzy por la salud de su familia. Respondió ella brevemente, y tras un momento de silencio, añadió:

—Mi hermana mayor ha estado en Londres los tres últimos meses. ¿No la ha visto por casualidad usted allí?

Sabía perfectamente que no la había visto, pero lo que buscaba era que él mismo revelara algo de lo ocurrido entre los Bingley y Jane, y le pareció que estaba algo confuso al responder que jamás había tenido la suerte de encontrarse a Miss Bennet. No se habló más del asunto, y los caballeros se fueron poco después.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?



Capítulo 31

Los modales del coronel Fitzwilliam fueron muy elogiados en la abadía, y las señoritas comprendieron que su presencia haría más agradables las veladas en Rosings. Con todo, pasaron algunos días hasta que recibieron otra invitación, porque mientras en la casa hubiera huéspedes de mayor prestigio no se contaba con ellos. Y no fue sino el día de Pascua, una semana después de la llegada de los caballeros, cuando se vieron honrados con semejante atención, y aun entonces se les hizo saber, al salir de la iglesia, que fueran por la tarde. La última semana habían visto poco a Lady Catherine y a su hija. El coronel Fitzwilliam había visitado la abadía más de una vez durante ese tiempo; pero a Darcy sólo lo vieron en la iglesia.

Notas

Subraya las citas importantes.

Escribe un resumen de cada página.

La invitación fue, desde luego, aceptada, y a la hora señalada se presentaron en el salón de Lady Catherine. Su Señoría los recibió con amabilidad, pero resultaba patente que su compañía no le era tan grata como cuando no tenía otra visita. En efecto, estuvo muy dedicada a sus sobrinos, y en particular a Darcy, a quien hablaba con más locuacidad que al resto de los que se hallaban en el salón.

El coronel Fitzwilliam parecía verdaderamente satisfecho de verlas; todo en Rosings le servía de alivio y era bien recibido, y la bella amiga de Mrs. Collins lo tenía cautivado. En esta ocasión se sentó a su lado, y habló tan agradablemente de Kent y de Hertford, de sus viajes y de su estancia en casa, de libros nuevos y de música, que Lizzy nunca se sintió tan a gusto en aquel salón, y conversaron con tal ingenio y efusión, que atrajeron la atención de lady Catherine y Darcy. Éste los había mirado varias veces con curiosidad, y Su Señoría, que tras un rato participó del mismo sentimiento, no tuvo reparo en exclamar:

—¿Qué es lo que dices, Fitzwilliam? ¿De qué estáis hablando? ¿Qué está usted contando, Miss Bennet? Permitidme oír de qué se trata.

—Hablábamos de música, señora —dijo él cuando comprendió que no podía evitar responder.

—¡De música! Pues haced el favor de hablar en voz alta. No hay tema de conversación que me agrade más. Si habláis de música, quiero intervenir. Creo que hay pocas personas en Inglaterra que experimenten mayor placer con la música que yo, o que posean mejor predisposición natural hacia ella. Si me lo hubiese propuesto, habría sido una gran intérprete. Y lo mismo hubiese sucedido a Anne si su salud se lo hubiera permitido. Estoy segura de que habría tocado maravillosamente. Dime, Darcy, ¿ha progresado al respecto Georgina? Darcy hizo un cordial elogio de la aplicación de su hermana.

—Me alegro mucho de recibir tan buenas noticias —dijo lady Catherine — y te suplico que le digas de mi parte que no espere sobresalir si no practica mucho. —Puedo asegurar —replicó él— que no necesita tal advertencia. Practica constantemente.

—Tanto mejor, pues nunca es demasiado, y la próxima vez que le escriba se lo recordaré. Con frecuencia digo a las jóvenes que nunca se llega a ser un gran intérprete sin práctica constante.

Muchas veces he dicho a Miss Bennet que jamás tocará bien si no lo practica más; y aunque Mrs. Collins no tiene piano, será bienvenida, como le he dicho otras veces, si visita Rosings todos los días y toca el piano en la habitación de Mrs. Jenkinson. En esa parte de la casa no molestará a nadie. Darcy pareció avergonzarse un tanto de aquella muestra de mala educación por parte de su tía y no contestó.

Después de tomar el café, el coronel Fitzwilliam recordó a Lizzy que le había prometido tocar el piano, y ella se dispuso de inmediato a cumplir la promesa. Él se sentó a su lado. Lady Catherine escuchó media pieza y después siguió hablando, como antes, a su otro sobrino, hasta que éste, con su habitual cautela, la dejó sola y se acercó al piano de forma de poder contemplar el hermoso rostro de la joven. Lizzy notó lo que hacía, y a la primera pausa le dirigió una sonrisa significativa y dijo:

—¿Cree usted que me asusta, Mr. Darcy, al venir de esa manera a escucharme? Pues yo no me acobardo, aunque su hermana toque tan bien. No me dejen asustar por nadie, sépalo. Cualquier intento de intimidarme no hace más que estimular mi valor.

—No le diré que está equivocada —replicó él—, aunque bien sabe que no es mi intención intimidarla. Tengo el placer de conocerla desde hace bastante tiempo para saber que le gusta expresar opiniones que en realidad no son las suyas.

Lizzy rió al oír esa descripción de sí misma y dijo al coronel Fitzwilliam: —Su primo pretende que se haga una bonita idea de mí enseñándole a no creer palabra de cuanto le diga. Me tengo por especialmente desgraciada al dar con persona tan dispuesta a descubrir mi verdadero carácter en un sitio donde yo había esperado obtener algún crédito. La verdad, Mr. Darcy, es que resulta poco generoso por su parte mencionar cuanto de malo pudo usted ver de mí durante su estancia en el condado de Hertford, y permítame decirle que es también muy imprudente, porque eso es provocarme al desquite, y podrían salir a la luz tales cosas que sus parientes quedarían horrorizados al escucharlas.

—No me da usted miedo —dijo él con una sonrisa. —Haga el favor de decirme de qué intenta acusarlo —exclamó el coronel Fitzwilliam—. Me gustaría saber cómo se conduce mi primo cuando está en compañía de extraños.

—Se lo diré; pero prepárese para algo muy espantoso. Ha de saber que la primera vez que lo vi en Hertford fue en un baile, y en ese baile ¿qué cree usted que hizo? Pues sólo bailó cuatro veces, a pesar de que los caballeros escaseaban y más de una señora estuvo sentada por falta de pareja. Mr. Darcy, no puede usted negar que es cierto.

—Entonces no tenía el honor de conocer a ninguna de las jóvenes que allí había, fuera de las que iban conmigo.

—Es verdad, y nadie puede ser presentado en un baile. Bien, coronel Fitzwilliam, ¿qué quiere que toque ahora? Mis dedos aguardan sus órdenes.

—Acaso —añadió Darcy— habría sido juzgado mejor si hubiese buscado a alguien que me presentase; pero no sirvo para recomendarme a personas desconocidas.

—¿Tendremos que preguntar a su prima la razón de ello? —dijo Lizzy dirigiéndose todavía al coronel Fitzwilliam—. ¿Le preguntaremos cómo un hombre educado, juicioso y por demás mundano no sirve para recomendarse por sí a los desconocidos?

—Yo puedo responder a esa pregunta —dijo Fitzwilliam—. El motivo es que no quiere tomarse esa molestia.

—Sin duda —dijo Darcy— no poseo el talento de otros que pueden conversar con facilidad con quienes nunca han visto. No tengo valor para ello ni puedo adaptarme al carácter de los demás con la facilidad que otros lo hacen.

—Mis dedos —dijo Lizzy— no se mueven sobre este teclado del modo magistral con que he visto hacerlo a muchas mujeres; no tienen la misma fuerza y agilidad, y no pueden producir igual impresión. Pero siempre he supuesto que era culpa mía, por no haberme tomado la molestia de ejercitarme más. No es que mis dedos sean incapaces de lograr una ejecución tan perfecta como la de cualquier otra mujer.

Darcy sonrió y dijo: —Tiene usted razón. Ha empleado usted el tiempo mucho mejor. Nadie que tenga el privilegio de oírla podrá pensar que le falta a usted algo. Ninguno de nosotros hace comedias ante desconocidos.

En este punto fueron interrumpidos por lady Catherine, quien preguntó de qué hablaban. Lizzy volvió a tocar. Su Señoría se acercó y tras escuchar por unos minutos, dijo a Darcy:

—Miss Bennet no tocaría mal si practicase más y hubiera tenido las ventajas de un buen profesor de Londres. Tiene una noción bastante correcta del movimiento de los dedos, aunque su gusto artístico es inferior al de Anne. Anne habría sido una extraordinaria pianista si su salud le hubiera permitido aprender.

Lizzy miró a Darcy para observar el cordial asentimiento al elogio de su prima; pero ni en aquel momento ni en ningún otro pudo advertir una señal de amor; y del proceder de él con respecto a Miss de Bourgh dedujo una conclusión bastante consoladora para ésta, a saber: que le habría gustado casarse con ella si hubiera sido posible.

Lady Catherine continuó sus advertencias relativas a la forma en que Lizzy tocaba el piano, mezclándolas con numerosas instrucciones sobre la ejecución y el gusto. Lizzy las recibió con cuanta paciencia es patrimonio de la cortesía, y a petición de los caballeros siguió tocando hasta que el coche de Su Señoría estuvo dispuesto para llevarlos a su casa.

¿Cuáles temas has identificado?

¿Cuál es el tono general de la novela hasta ahora?

Fuente: Austen, Jane. (1813). *Orgullo y prejuicio*. [Pride and Prejudice]. (A.M. Rodríguez, Trans.). Penguin. ePub r.1.1.
<https://alicialectura.com/wp-content/uploads/2024/10/Orgullo-y-prejuicio- trad.-Ana-Maria-Rodri-Jane-Austen.pdf>

